

LA SIMBOLOGÍA DE LA NIEBLA EN LA OBRA DE GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Macarena Díaz Monrové¹

Resumen: Gustavo Adolfo Bécquer representa el inicio de la poesía hispánica contemporánea. Abre las puertas del simbolismo con una imaginería en la que la niebla es un símbolo de espiritualidad, misterio e imaginación.

Palabras clave: Gustavo Adolfo Bécquer, poesía, Romanticismo, simbolismo.

Abstract: Gustavo Adolfo Bécquer represents the beginning of the contemporary Hispanic poetry. He opens the doors of the Symbolism with an imagery in which the fog is a symbol of spirituality, mystery and imagination.

Keywords: Gustavo Adolfo Bécquer, poetry, Romanticism, Symbolism.

1. INTRODUCCIÓN

Diáfana es la niebla que envuelve la obra de Gustavo Adolfo Bécquer, misteriosa y diáfana como el contorno de sus versos que en su tiempo transgredieron todo lo escrito con anterioridad.

La niebla, al igual que toda su obra, da un salto desde el Romanticismo a las nuevas tendencias literarias que surgieron a finales del siglo XIX, recordemos la importancia de la sugerencia en el modernismo. ¿Y qué tiene más poder sugeridor que la niebla que solamente deja entrever a tientas esa mezcla tan fructífera para el arte de la realidad y la imaginación?

En estas páginas veremos la simbología de la niebla en la obra del gran escritor sevillano, estudiando primero la importancia de esta imagen de nubes y misterio en la época histórica del autor: en el Romanticismo. Finalmente observaremos la influencia del simbolismo becqueriano en los autores posteriores de finales del siglo XIX y principios del XX.

¹ Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Sevilla. En pocos meses se editará su primer libro de poesía *Entre la niebla* por Ediciones Alfar de Sevilla.

2. LA NIEBLA EN EL ROMANTICISMO

Al hablar de Romanticismo hablamos del interés por lo irracional, por el misterio, cuyos mejores marcos son la noche, las tempestades, cementerios, ruinas y por supuesto la niebla.

Si pensamos en una imagen para vertebrar el sentimiento romántico, esta sería la pintura de Caspar David Friedrich *El caminante sobre el mar de niebla*, en alemán *Der Wanderer über dem Nebelmeer*, donde se representa a un viajero de espaldas sobre una montaña y a sus pies un amplio y abismal mar de niebla.

Todas las características y los temas del Romanticismo están expuestos en esta genial obra de arte:

- La conciencia del yo, de lo subjetivo.
- La importancia del genio creador.
- La originalidad.
- La creatividad.

- La importancia de la obra inacabada, imperfecta y abierta.

En esa imagen sobre la niebla, el yo queda como visionario de una naturaleza sublime, espléndida, que evoca lo subjetivo, la imaginación, la fantasía, y a partir de ahí el arte queda solamente sugerido, inacabado, imperfecto, visto desde el prisma de las nubes.

También podemos hablar de la importancia de la niebla en autores del Romanticismo alemán e inglés. Del Romanticismo alemán podemos ver al autor Heinrich Heine, figura influyente en la obra becqueriana, y por citar algún poema donde la imaginería de la niebla esté presente veremos un fragmento de su poema titulado “Los dioses griegos”:

“Pero es el alma del mortal más noble,
más entusiasta y generosa y tierna,
y yo sigo, en las luchas de los dioses,
de los dioses vencidos la bandera.-Hablaban
así, y en el sereno cielo

las visiones fantásticas de niebla,
sensibles a mi voz, enrojecían,
mirábanme con silenciosa pena,
y cual por el dolor transfiguradas
fundiéronse de pronto en las tinieblas.
Ya se había escondido silenciosa
la luna tras las nubes cenicientas,
alzaba el ancho mar su voz sonora,
y del espacio en la extensión inmensa
salían victoriosas, derramando
sus eternos fulgores, las estrellas”.

En estos versos Heine habla precisamente de las visiones cadentes, silenciosas, fantásticas y tristes de una niebla que le da un tono gris a unas palabras que encuentran su voz en esa niebla que es sensible a ellas. Así, el poeta se siente acompañado, protegido entre esa niebla que no es más que la amplia expresión del mismo yo lírico.

Aquí en España, podemos ver la importancia de la niebla en un autor como José de Espronceda, y su poema *A una estrella*:

“Y era tu luz voluptüosa y tierna
la que entre flores resbalando allí
inspiraba en el alma un ansia eterna
de amor perpetuo y de placer sin fin.
Mas ¡ay! que luego el bien y la alegría
en llanto y desventura se trocó:
tu esplendor empañó niebla sombría;
solo un recuerdo al corazón quedó.
Y ahora melancólico me miras
y tu rayo es un dardo del pesar
si amor aun al corazón inspiras,
es un amor sin esperanza ya”.

Donde la melancólica niebla empaña una antigua luz, un lejano fulgor, que entre esas nubes se convierte en un recuerdo solamente.

Pero en la obra en donde más aparece la imaginería de la niebla es en *El diablo mundo*, donde la palabra “niebla” aparece en numerosas ocasiones desde los primeros versos hasta las partes finales del poema:

“Boguemos, boguemos,
la barca empujad,
que rompa las nubes,
que rompa las nieblas,
los aires las llamas,
las densas tinieblas,
las olas del mar.

[...]

Densa niebla
cubre el cielo,

REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA
y de espíritus

se puebla
vagarosos,
que aquí el viento
y allí cruza
vaporosos

[...]

La luz que sus espíritus destellan
muere en la niebla que vencer no pueden,
¡y es la historia del hombre y su locura
una estrecha y hedionda sepultura!

[...]

La niebla a trozos quiebra, y la ilumina
del terso azul por la tendida falda,
y de naranja, y oro, y fuego, pinta
sobre plata y zafir mágica cinta.

[...]

Aire que con riquísimos olores
baña su negra cabellera riza,
luz vagarosa y blanda que de amores
en los húmedos ojos se desliza,
voluptuosa niebla de colores
que un deliquio dulcísimo matiza,
los cerca en derredor embebecidos
en su lánguida magia los sentidos”.

En estos versos de *El diablo mundo* hemos podido ver la importancia de la niebla como elemento vertebrador de toda la obra que se puebla de espíritus misteriosos, que tienden un velo gris de magia, melancolía y tristeza sobre ese mundo literario creado con la maestría del gran poeta romántico.



REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA
3. LA NIEBLA EN LA OBRA DE GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Gustavo Adolfo Bécquer nació en pleno centro de Sevilla, en el barrio de San Lorenzo, a pocos metros del río Guadalquivir y de la niebla que de él se levanta cubriendo a la ciudad de un manto blanquecino, leve, difuso, y que, con toda seguridad, caló en el alma del gran poeta. Esa niebla es la que envuelve a Sevilla y a su catedral, que siempre tiene alrededor de sus altos muros y de su torre un halo de neblina como si de una ensoñación se tratara, como si una legión de espíritus protectores cuidara una a una las piedras de ese ingente monumento; esa niebla que suspendida queda entre los dos márgenes del gran río; la niebla que toma la forma de la inspiración en los versos becquerianos; o la tupida y espectral niebla de las noches de invierno, donde las almas inundan el mundo invisible; o aquella niebla brillante y angelical y a su vez temida por su halo desconocido, y tan parecida a un blanco sudario que a la ciudad entera cubre.

Esa niebla es la que podemos ver a lo largo de la obra del poeta sevillano, y que a continuación estudiaremos.

Si leemos las *Rimas* veremos que en numerosas ocasiones aparecen las palabras niebla, bruma o bien diferentes descripciones que sin nombrarlas las evocan.

Para empezar, estudiaremos un fragmento de la rima que en *El libro de los gorriones* es la número 62, y que en la primera edición de las *Obras* es la “Rima V”:

“Espíritu sin nombre,
indefinible esencia,
yo vivo con la vida
sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío
del sol tiemblo en la hoguera,
palpito entre las sombras
y floto con las nieblas.

[...]

Yo soy el invisible
anillo que sujeta
el mundo de la forma
al mundo de la idea.

Yo en fin soy ese espíritu,
desconocida esencia,
perfume misterioso
de que es vaso el poeta”.

En estos versos heptasílabos de rima asonante en los pares y que tienen carácter metapoético, se describe la poesía mediante diversas imágenes de la naturaleza siempre entre “el mundo de la forma” y “el mundo de la idea”, como aparece en los últimos versos de este poema.

Así, la poesía habita invisible sujetando esos dos mundos, nadando en el vacío y flotando con las nieblas. Entonces la niebla se nos aparece con ese halo misterioso de la imaginación en donde la poesía encuentra su mejor aliada, su mejor habitáculo natural para ese mundo de la fantasía y de la idea.

A continuación veremos la “Rima 25” en *El libro de los gorriones* y que en la primera edición de las *Obras* de Bécquer es la VIII:

“Cuando miro el azul horizonte
perderse a lo lejos,
al través de una gasa de polvo
dorado e inquieto,

me parece posible arrancarme

del mísero suelo,
y flotar con la niebla dorada
en átomos leves

cual ella deshecho.

Cuando miro de noche en el fondo
oscuro del cielo
las estrellas temblar como ardientes
pupilas de fuego,
me parece posible a do brillan
subir en un vuelo,
y anegarme en su luz, y con ellas
en lumbre encendido
fundirme en un beso.

En el mar de la duda en que bogo
ni aún sé lo que creo;
¡sin embargo, estas ansias me dicen

que yo llevo algo
divino aquí dentro!”.

En estos versos el poeta desea formar parte de la naturaleza para encontrar el principio del ser poético, la inspiración, la divinidad, la esencia del misterio, de la imaginación a través también de una “gasa de polvo”, a través de la niebla, lugar donde se encuentran los espíritus de lo inefable, del sentimiento, de lo divino.

Si hay una rima donde la importancia de la niebla se ve más presente esa es la “Rima 51” por *El libro de los gorriones*, y que en la edición que prepararon los amigos de Bécquer es la Rima XI:

“-Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión,
de ansia de goces mi alma está llena.

- ¿A mí me buscas? -No es a ti, no.

-Mi frente es pálida, mis trenzas de oro,
puedo brindarte dichas sin fin.
Yo de ternura guardo un tesoro.
¿A mí me llamas? -No; no es a ti.

-Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible:
no puedo amarte. -¡Oh, ven; ven tú!”.

En esta rima se describe a tres mujeres, siendo la última la elegida por el poeta. Esta última mujer es la imposible, la que solo es un sueño, que se muestra como un “vano fantasma de niebla y luz”, es la más inefable, la imaginada, la incorpórea, la verdadera inspiración del poeta, la que está formada de niebla, porque ahí precisamente es donde viven las musas del poeta.

Recordemos un dibujo² de Gustavo Adolfo Bécquer en donde se representa a sí mismo, sentado y fumando, y de entre el humo surgen varias figuras femeninas, que son precisamente las musas, la inspiración poética. Este dibujo tiene una evidente relación con la rima que acabamos de leer.

Otra rima donde podemos observar la importancia de la niebla en la obra becqueriana es la número 60 en *El libro de los gorriones* que es la XV en la primera edición:

“Cendal flotante de leve bruma,
rizada cinta de blanca espuma,
rumor sonoro
de arpa de oro,
beso del aura, onda de luz,

eso eres tú.

REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA

Tú, sombra aérea, que cuantas veces

voy a tocarte te desvaneces
como la llama, como el sonido,
como la niebla, como el gemido
del lago azul.

En mar sin playas onda sonante,
en el vacío cometa errante;
largo lamento
del ronco viento,
ansia perpetua de algo mejor,
eso soy yo.

¡Yo, que a tus ojos, en mi agonía,
los ojos vuelvo de noche y día;
yo, que incansable corro y demente

² RUBIO JIMÉNEZ [2006: 313-315].

tras una sombra, tras la hija ardiente
de una visión!”.

De nuevo hablamos aquí de la mujer imposible, la más amada, la que se desvanece como la niebla, porque en realidad es un ideal, un ser etéreo, la del amor más sutil, la que nos recuerda a la leyenda “El rayo de luna”.

Veamos también un fragmento de la “Rima 35” en *El libro de los gorriones* que es la rima LII en la primera edición:

“Nubes de tempestad que rompe el rayo
y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
arrebatado entre la niebla oscura,
¡llevadme con vosotras!

Llevadme, por piedad, a donde el vértigo
con la razón me arranque la memoria...

¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme
con mi dolor a solas!”.

Aquí el poeta desea, una vez más, fundirse con la naturaleza, y perder la conciencia, la memoria, entre esa niebla oscura que esconde una compañía muy importante, la de la inspiración.

Ahora veremos un fragmento de la “Rima 23” en *El libro de los gorriones* que es la LXXV en la primera edición de las obras, y donde aparece la expresión tan conocida “huésped de las nieblas”:

“¿Será verdad que, huésped de las nieblas,
de la brisa nocturna al tenue soplo
alado sube a la región vacía
a encontrarse con otros?

[...]

¡Yo no sé si ese mundo de visiones
vive fuera o va dentro de nosotros;
pero sé que conozco a muchas gentes
a quienes no conozco!”.

En esta rima el poeta trata el tema del alma que puede abandonar el cuerpo y “huésped de las nieblas” vivir en el mundo de visiones, de otros espíritus, en el mundo de la inspiración. Así, la niebla se convierte de nuevo en el lugar ideal de la imaginación, donde habita el misterio, algo esencial para la creación poética becqueriana. La niebla que solo puede sugerir, que está entre lo real y lo soñado, es esencial en ese “himno gigante y extraño” que aparece en la “Rima I” de la primera edición, y que es la número 11 en *El libro de los gorriones*.

Este tema se trata en diversas ocasiones en otros escritos becquerianos, por ejemplo en la introducción a las *Rimas*, en la “Introducción sinfónica”:

“El sentido común que es la barrera de los sueños comienza a flaquear y las gentes de diversos campos se mezclan y confunden. Me cuesta trabajo saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido: mis afectos se reparten entre fantasmas de la imaginación y personajes reales; mi memoria clasifica revueltos nombres y fechas de mujeres y días que han muerto o han pasado con los de días y mujeres que no han existido sino en mi mente”.

En este fragmento de la “Introducción sinfónica” el poeta, al igual que en la “Rima 23”, nos dice que hay personas que no sabe si son soñadas o si son reales ya que “se mezclan y confunden”, es tal el poder de la imaginación que puede llegar el momento de no poder discernir entre lo real y lo ideal.

Hemos visto la importancia de la niebla en la concepción poética de las *Rimas* y ahora la veremos en las *Leyendas*.

Para comenzar podemos ver esta importancia en la leyenda “La creación (poema indio)”:

“Los aéreos picos del Himalaya se coronan de nieblas oscuras, en cuyo seno hierve el rayo, y sobre las llanuras que se extienden a sus pies flotan nubes de ópalo, que derraman sobre las flores un rocío de perlas.

[...]

Brahma es el punto de la circunferencia; de él parte y a él converge todo. No tuvo principio ni tendrá fin. Cuando no existían ni el espacio ni el tiempo, Maya flotaba a su alrededor como una niebla confusa, pues, absorto en la contemplación de sí mismo, aún no la había fecundado con sus deseos”.

Como hemos podido ver aquí la niebla se ofrece en forma de misterio en esos picos del Himalaya.

En otra leyenda donde podemos ver la influencia de la niebla es en “Maese Pérez el organista”, leyenda sevillana envuelta por el misterio y la belleza de la ciudad:

“Después comenzaron a oírse como unos himnos distantes que entonaban las jerarquías de serafines; mil himnos a la vez, que al confundirse formaban uno solo, que, no obstante, era no más el acompañamiento de una extraña melodía, que parecía flotar sobre aquel océano de misteriosos ecos, como un jirón de niebla sobre las olas del mar”.

Pero en una de las leyendas donde más se deja ver la influencia de la niebla, es en una de las más poéticas, inefables, y misteriosas de todas: “Los ojos verdes”. Veamos un fragmento:

“-¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En dónde habitas? Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae a

estos lugares, ni a los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda. Yo te amo, y, noble o villana, seré tuyo, tuyo siempre.

El sol había traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban a grandes pasos por su falda; la brisa gemía entre los álamos de la fuente, y la niebla, elevándose poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de su margen.

[...]

-¿Ves, ves el límpido fondo de ese lago? ¿Ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?... Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales..., y yo..., yo te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio, y que no puede ofrecerte nadie... Ven; la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellón de lino...; las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles; el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven..., ven...

La noche comenzaba a extender sus sombras; la luna rielaba en la superficie del lago; la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fatuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... ‘Ven..., ven...’ Estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un conjuro. ‘Ven...’ y la mujer misteriosa lo llamaba al borde del abismo donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso..., un beso...”.

En esta leyenda se puede observar cómo la niebla emerge cuando la misteriosa mujer sale a la superficie y siempre se queda flotando sobre ella. La niebla es esencial en esta leyenda, la impregna de suspense, de estremecimiento; con la niebla surge el más allá, lo ideal, lo imprevisible y la poesía de una narración que tiene su continuidad en numerosas rimas, como las vistas anteriormente o como la “Rima 79”,

que es la XII en la primera edición de las obras de Bécquer. Veamos un fragmento:

“Porque son, niña, tus ojos
verdes como el mar te quejas:
verdes los tienen las náyades,
verdes los tuvo Minerva,
y verdes son las pupilas
de las hurís del Profeta”.

En otra leyenda donde podemos ver la importancia de la niebla para la descripción de paisajes ideales y misteriosos es “La ajorca de oro”:

“El Tajo se retorció gimiendo al pie del mirador entre las rocas sobre que se asienta la ciudad imperial. El sol trasponía los montes vecinos, la niebla de la tarde flotaba como un velo de gasa azul, y solo el monótono ruido del agua interrumpía el alto silencio”.

Otra leyenda donde se ve el mismo uso de la niebla para la descripción del paisaje es “El caudillo de las manos rojas (tradición india)”:

“El día que muere y la noche que nace luchan un momento, mientras la azulada niebla del crepúsculo tiende sus alas diáfanas sobre los valles, robando el color y las formas a los objetos, que parecen vacilar agitados por el soplo de un espíritu”.

En la narración “Tres fechas” se nos aparece de nuevo la imagen de la niebla como habitáculo de seres espirituales, de seres imaginados con forma de mujer. Es de nuevo el amor imposible, el mundo ideal, la imagen inefable de la belleza y de la poesía:

“¿No habéis visto nunca en esos últimos instantes del crepúsculo de la noche levantarse de las aguas de un río, del haz de un pantano, de las olas del mar o de la profunda sima de una montaña, un jirón de niebla que flota lentamente en el vacío, y, alternativamente, ya parece una mujer que se mueve y anda y que vuela su traje al andar, ya un velo blanco prendido a la cabellera de alguna silfa invisible, ya un fantasma que se eleva en el aire, cubriendo sus huesos amarillos con un sudario sobre el que se cree ver dibujarse sus formas angulosas? Pues una alucinación de ese género experimenté yo al mirar adelantarse hacia la reja, como desasiéndose del fondo tenebroso del coro, aquella figura blanca, alta y ligerísima”.

Otra vez en “El Cristo de la calavera” la niebla aparece transfigurando la realidad, uniendo el mundo de visiones a la teoría poética de Bécquer.

La niebla que toma forma de espectros misteriosos, intangibles, leves, difusos, cual poesía en su esencia:

“Terminado este brevísimo diálogo, los dos jóvenes se internaron por una de las estrechas calles que desembocan en el Zocodover, desapareciendo en la oscuridad como esos fantasmas de la noche que, después de aterrar un instante al que los ve, se deshacen en átomos de nieblas y se confunden en el seno de las sombras.

[...]

Prosiguieron, pues, cruzando al azar plazas desiertas, pasadizos sombríos, callejones estrechos y tenebrosos, hasta que, por último, vieron brillar a lo lejos una luz, una luz pequeña y moribunda, en torno a la cual, la niebla formaba un cerco de claridad fantástica y dudosa”.

“La corza blanca” es otro ejemplo a lo dicho anteriormente:

“Genios del aire, habitantes del luminoso éter, venid envueltos en un jirón de niebla plateada.

Silfos invisibles, dejad el cáliz de los entreabiertos lirios, venid en vuestros carros de nácar, a los que vuelan uncidas las mariposas”.

En la leyenda “Creed en Dios” aparece una niebla oscura y terrorífica, donde aparecen de nuevo los fantasmas de la imaginación, “los extravagantes hijos de la fantasía”, como nos dice en la “Introducción sinfónica”:

“Valles angostos, erizados de colosales fragmentos de granito que las tempestades habían arrancado de la cumbre de las montañas; alegres campiñas, cubiertas de un tapiz de verdura y sembradas de blancos caseríos; desiertos sin límites, donde hervían las arenas calcinadas por los rayos de un sol de fuego; vastas soledades, llanuras inmensas, regiones de eternas nieves, donde los gigantescos témpanos asemejaban, destacándose sobre un cielo gris y oscuro, blancos fantasmas que extendían sus brazos para asirle por los cabellos al pasar, todo esto, y mil y mil otras cosas que yo no podré deciros, vio en su fantástica carrera, hasta tanto que, envuelto en una niebla oscura, dejó de percibir el ruido que producían los cascos del caballo al herir la tierra.

[...]

Cuando Teobaldo dejó de percibir las pisadas de su corcel y se sintió lanzado en el vacío, no pudo reprimir un involuntario estremecimiento de terror. Hasta entonces había creído que los objetos que se representaban a sus ojos eran fantasmas de su imaginación, turbada por el vértigo, y que su corcel corría desbocado, es verdad; pero corría sin salir del término de su señorío. Ya no le quedaba duda de que era el juguete de un poder sobrenatural, que lo arrastraba, sin que supiese adónde, a través de aquellas nieblas oscuras, de formas caprichosas y fantásticas,

en cuyo seno, que se iluminaba a veces con el resplandor de un relámpago, creía distinguir las hirvientes centellas, próximas a desprenderse”.

En la leyenda “La promesa” volvemos a ver una descripción del paisaje con la niebla de fondo, con un sabor gris y melancólico:

“Pedro besó la frente de Margarita, desató su caballo, que estaba sujeto a uno de los árboles del soto, y se alejó al galope por el fondo de la alameda.

Margarita siguió a Pedro con los ojos hasta que su sombra se confundió entre la niebla de la noche; y cuando ya no pudo distinguirlo, se volvió lentamente al lugar, donde la aguardaban sus hermanos”.

Acabamos de ver la simbología de la niebla en las *Leyendas* y ahora la veremos en las *Cartas desde mi celda*.

Precisamente en la “Carta VI” es donde encontramos más presencia de esta niebla, que se nos presenta como preludio del miedo, de lo sobrenatural, de nuevo, es la niebla que alberga espectros, seres divinos o diabólicos, mujeres que parecen adivinarse de entre esa nebulosa que toma tonos grises, oscuros, en forma de enigma, en forma, incluso, de terror:

“Ya estaba para acabar el día. El cielo, que desde el amanecer se mantuvo cubierto y nebuloso, comenzaba a ensombrecerse a medida que el sol, que antes transparentaba su luz a través de las nieblas, iba debilitándose, cuando, con la esperanza de ver su famoso castillo como término y remate de mi artística expedición, dejé a Litago para encaminarme a Trasmoz, pueblo del que me separa una distancia de tres cuartos de hora por el camino más corto.

[...]

La verdad era que el camino, que equivocadamente había tomado, se hacía cada vez más áspero y difícil, y que por una parte la sombra que ya arrojaban las altísimas rocas, que parecían suspendidas sobre mi cabeza, y por otra el ruido vertiginoso del agua que corría profunda a mis pies, y de la que comenzaba a elevarse una niebla inquieta y azul, que se extendía por la cortadura borrando los objetos y los colores, parecían contribuir a turbar la vista y conmover el ánimo con una sensación de penoso malestar, que vulgarmente podría llamarse preludio de miedo.

[...]

-¿Siente usted este profundo silencio que reina en todo el monte, que no suena un guijarro, que no se mueve una hoja, que el aire está inmóvil y pesa sobre los hombros y parece que aplasta? ¿Ve usted esos jirones de niebla oscura que se deslizan poco a poco a lo largo de la inmensa pendiente del Moncayo, como si sus cavidades no bastaran a contenerlos? ¿Los ve usted cómo se adelantan mudos y con lentitud, como una región aérea que se mueve por un impulso invisible? El mismo silencio de muerte había entonces, el mismo aspecto extraño y temeroso ofrecía la niebla de la tarde, arremolinada en las lejanas cumbres, todo el tiempo que duró aquella suspensión angustiosa. Yo, lo confieso con toda franqueza, llegué a tener miedo. ¿Quién sabía si la bruja aprovechaba aquellos instantes para hacer uno de esos terribles conjuros que sacan a los muertos de sus sepulturas, estremecen el fondo de los abismos y traen a la superficie de la tierra, obedientes a sus imprecaciones, hasta a los más rebeldes espíritus infernales? La vieja rezaba, rezaba sin parar; los mozos permanecían en tanto inmóviles, cual si estuviesen encadenados por un sortilegio, y las nieblas oscuras seguían avanzando y envolviendo las peñas en derredor de las cuales fingían mil figuras extrañas, como de monstruos deformes, cocodrilos rojos y negros, bultos colosales de mujeres envueltas en paños blancos, y

listas largas de vapor, que, heridas por la última luz del crepúsculo, semejaban inmensas serpientes de colores...”.

4. INFLUENCIA DE LA SIMBOLOGÍA DE LA NIEBLA DE BÉCQUER EN LOS AUTORES POSTERIORES

Tras el realismo y el Naturalismo surgen nuevas tendencias literarias. Una de las más importantes y de más amplia transcendencia en nuestra literatura fue el simbolismo, movimiento surgido en Francia con poetas como Baudelaire y Verlaine.

Este movimiento ponderaba la imaginación, el sueño, la sugerencia, el misterio, la espiritualidad; así, supuso una ruptura con los movimientos realistas, y se enlazaba directamente con el Romanticismo.

El simbolismo hispano se ve claramente influenciado por la figura de Gustavo Adolfo Bécquer; y ahí no quedará su influencia, ya que la poesía becqueriana tiene vigencia en la contemporánea en numerosos autores como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Luis Cernuda y Rafael Montesinos.

Bécquer utiliza el símbolo en sus poemas, el arte de la sugerencia, y eso, precisamente, fue lo que ofreció gran influencia en los autores posteriores.

En este artículo venimos hablando de la importancia de la niebla en la obra becqueriana. Esta niebla representa otro símbolo de amplia trayectoria en los poetas posteriores. Así, en la obra de Antonio Machado, el símbolo de la niebla como sugerencia de melancolía, espiritualidad o tristeza aparece en numerosas ocasiones:

“Y no es verdad, dolor, yo te conozco,
tú eres nostalgia de la vida buena
y soledad de corazón sombrío,
de barco sin naufragio y sin estrella.

Como perro olvidado que no tiene

huella ni olfato y yerra
por los caminos, sin camino, como
el niño que en la noche de una fiesta

se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento y las candelas
chispeantes, atónito, y asombra
su corazón de música y de pena,

así voy yo, borracho melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla”.

O como podemos ver en este fragmento del poema “Caminos”:

REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA
Guadalquivir, como un alfanje roto

y disperso, reluce y espejea.

Lejos, los montes duermen
envueltos en la niebla,
niebla de otoño, maternal; descansan
las rudas moles de su ser de piedra
en esta tibia tarde de noviembre,
tarde piadosa, cárdena y violeta.

Ya en plena generación del 27, el poeta más becqueriano de su generación, Luis Cernuda, emplea la simbología de la niebla en numerosos versos, así en el poema de clara influencia becqueriana *Donde habite el olvido*.

La niebla se observa aquí de la forma más becqueriana, como símbolo de espiritualidad, es la esencia de ese “huésped de la niebla”, veamos un fragmento del poema de Cernuda:

“Donde penas y dichas no sean más que nombres,
cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;
donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
disuelto en niebla, ausencia,
ausencia leve como carne de niño.

Allá, allá lejos;
donde habite el olvido”.

4. CONCLUSIÓN

Gustavo Adolfo Bécquer abre las puertas al mejor simbolismo hispánico; así, la niebla se convierte, dentro de su obra poética y narrativa, en un símbolo de la espiritualidad, de la melancolía, del misterio. Dentro de la niebla nada se ve de forma clara, todo se queda únicamente sugerido por ese velo que hace que la realidad se mezcle con el sueño, que hace que el mundo adquiera ese color ceniciento y velado donde la imaginación toma forma y se vierte en materia poética que una vez más traspasará las lindes del Romanticismo para llegar a influenciar a la mejor poesía contemporánea.

En este año y en este mes de abril se cumplen cien años desde el traslado de los restos mortales de Valeriano Bécquer y Gustavo Adolfo Bécquer desde Madrid a su Sevilla de las nieblas plateadas que suben desde el Guadalquivir hasta el centro de la ciudad. Allí, en el Panteón de los Sevillanos Ilustres, duermen el sueño eterno los dos insignes hermanos.

Valga este artículo como homenaje en este centenario al “huésped de las nieblas”, a nuestro gran poeta de Sevilla.

BIBLIOGRAFÍA

- BÉCQUER, Gustavo Adolfo, *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1969.
CERNUDA, Luis, *Poesía completa*, Madrid: Siruela, 2002.
ESPRONCEDA, José de, *El diablo mundo; El Pelayo y poesías*, Madrid: Cátedra, 2007.
HEINE, Heinrich, *Antología poética*, Madrid: Ediciones de la Torre, 1995.
MACHADO, Antonio, *Poesías completas*, Madrid: Espasa-Calpe, 2002.
MONTESINOS, Rafael, *Bécquer, biografía e imagen*, Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2005.
PAGEARD, Robert, *Bécquer, leyenda y realidad*, Madrid: Espasa-Calpe, 1990.
RUBIO JIMÉNEZ, Jesús, *Gustavo Adolfo Bécquer dibujante. Hacia un catálogo*, Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2006.



REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA